¿CLÉRIGOS PROTAGONISTAS DEL LIBERALISMO? HOMENAJE A REYNALDO SORDO

*Brian Connaughton**

Reynaldo Sordo se ha ocupado durante largos años del análisis de la transición política, o múltiples transiciones políticas, que caracterizaron el paso de la Nueva España a la nación mexicana constituida como república moderna, bien fuera federal o centralista. Su obra se ha cifrado en los congresos nacionales, la prensa, las asociaciones laborales y en grupos como los eclesiásticos. Para mí, sus aportes académicos han sido una inspiración constante, ejemplos de una labor cuidadosa, detallada, siempre atenta a los grandes sucesos nacionales e internacionales, y orientada a que pensemos y repensemos la historia del país sin atajos apresurados, que achatan y debilitan el análisis logrado.

Me resultó de particular interés el ensayo de Reynaldo en un libro colectivo que tuve el honor de coordinar, en el cual se ocupó de los clérigos yorkinos en los congresos nacionales de finales de la década de 1820 y comienzos de la de 1830. Ahí, mostró a un clero profundamente dividido y notablemente polarizado entre sectores: los clérigos yorkinos solían ser de opiniones de pronunciada vanguardia, mientras que los demás eclesiásticos se dividían entre la relativa moderación y opiniones más netamente conservadoras. Los clérigos yorkinos evidenciaban un rechazo a la injerencia en México de la Santa Sede y la permanencia de los españoles en el país independiente. Como otros liberales ansiosos

* UAM-Iztapalapa.

de cambios rápidos, los clérigos de esta persuasión política ponían el énfasis en la soberanía popular de la nueva nación y pretendían producir desde la legislatura los cambios que deseaban.¹

Quisiera dialogar hoy con el interés de Reynaldo en las transiciones políticas de México entre la época colonial y el republicanismo independiente, así como en el papel jugado por el clero en aquel período que se nos antoja siempre confuso, revuelto, tormentoso, cuando lo miramos con ojos deseosos de un triunfalismo nacionalista para el nacimiento de la república. Nuestro deseo actual de ver un Estado-fortaleza en los comienzos republicanos, capaz de oponerse y vencer a Estados Unidos en la guerra de los años cuarenta, nos vuelve relativamente insensibles a una mudanza fundamental que venía dándose marcadamente desde la crisis de la monarquía en 1808, con la invasión napoleónica y desplazamiento de Carlos IV y Fernando VII en favor de José Bonaparte.

Desde entonces, se hizo particularmente aguda la oposición entre un sector del clero y los esfuerzos por liberalizar y modernizar la monarquía española. El epicentro fue indudablemente Cádiz y las Cortes que se dieron allí con la presencia de 12 eclesiásticos, de un total de 15 representantes novohispanos, la prensa que desarrolló, las personalidades eclesiásticas complejas que arrojó al escenario local y la elaboración de principios constitucionales y normativos que modificarían fundamentalmente la vida social y política del país que planteó reformas eclesiásticas profundas.²

Hubo, también hay que enfatizarlo, una dinámica vital fuera de Cádiz. Fray Servando Teresa de Mier dialogó críticamente con el constitucionalismo gaditano, dudó de su representatividad, jugó con la idea de una monarquía al estilo inglés para México, y luego soñó con un republicanismo similar al de los Estados Unidos. Ya inspirado en el repu-

¹ Reynaldo Sordo Cedeño, "Los congresistas eclesiásticos en la nueva república", en Brian Connaughton (coord.), *1750-1850: La Independencia de México a la luz de cien años. Problemáticas y desenlaces de una larga transición*, 2010, México, UAM-I y Ediciones del Lirio, pp. 597-623. Es indispensable, al respecto, también su obra mayor: Reynaldo Sordo Cedeño, *El Congreso en la primera república centralista*, 1993, México, El Colegio de México e Instituto Tecnológico Autónomo de México.

² Marie Laure Rieu-Millán, *Los diputados americanos en las Cortes de Cádiz (Igualdad o Independencia)*, 1990, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

blicanismo, se lanzó a una invasión de México, entrando por Soto la Marina con una expedición militar bajo el mando del liberal español Francisco Xavier Mina. Los libros y publicaciones periódicas que Mier llevaba en sus baúles planteaban reformas políticas básicas y las vinculaban con el papel del clero en las transformaciones de la sociedad, así como las prácticas religiosas precisas que se debían auspiciar.³

Mier y la expedición de Mina iban a tocar bases con lo que quedaba del movimiento insurgente, que ahora por el trabajo de Christon Archer sabemos que estaba más vivo de lo que muchos han supuesto después de la muerte de José María Morelos y Pavón en diciembre de 1815. Ese movimiento insurgente —ni ajeno enteramente a, y desde luego informado de los sucedido en, Cádiz— avanzaba en su propio camino constitucionalista, con el desarrollo de una prensa crítica y en medio de ideas que recortaban la autoridad de la jerarquía eclesiástica —misma que condenaba sistemáticamente su propuesta independentista y a sus dirigentes—; planteaba novedosas ideas en torno a las relaciones entre la Iglesia y el Estado a partir de los mismos textos que inspiraban a los reformadores en la península ibérica. Tanto Manuel Sabino Crespo, en Oaxaca, como José María Cos, en el Bajío, ambos sacerdotes, justificaban la elección de clérigos como vicarios castrenses para sustituir a los obispos renuentes a reconocer la insurgencia y brindarles servicios militares, mientras durara la guerra.⁴

En este amplio contexto no es fácil contestar la pregunta planteada en mi título sobre si hubo clérigos protagonistas del liberalismo, sin cuestionar la naturaleza del liberalismo durante la crisis del Imperio español y el surgimiento de las naciones hispanoamericanas modernas. Me parece que podemos plantear que se trata de un liberalismo católico, intolerante en materia religiosa, pero caracterizado por la desaparición

³Edmundo O’Gorman (ed.), *Servando Teresa de Mier. Escritos y memorias*, 1945, México, UNAM; Servando Teresa de Mier, *Obras Completas*, t. IV, *La formación de un republicano*, 1988, México, introducción, recopilación, edición y notas de Jaime E. Rodríguez O., UNAM; Brian Connaughton, *Entre la voz de dios y el llamado de la patria: religión, identidad y ciudadanía en México, Siglo XIX*, 2010, México, FCE/UAM-I, pp. 283-306.

⁴Brian Connaughton, “La prensa europea y la nueva sensibilidad religiosa en México”, 2007, México, ponencia en el Congreso Internacional: México 1808-1821, El Colegio de México, 8-10 de noviembre.

BRIAN CONNAUGHTON

de la Inquisición y la censura previa a sus escritos, primero en 1813, y luego nuevamente a partir de 1820. Se trata de un mundo conmovido porque, particularmente en el gobierno bonapartista de José I en España (1808-1813) y en las Cortes de Cádiz (1810-1813), se plantearon directrices de reformas eclesiásticas profundas y sistemáticas para el Imperio español, que pretendían equiparar la modernización política del Estado y la actualización de las modalidades eclesiásticas de un estado todavía concebido como confesional.⁵

De este modo, el primer liberalismo no es aquel que después estará tan fundamentalmente vinculado con las libertades individuales, sino que es uno muy centralmente preocupado por ajustar las relaciones entre Estado e Iglesia, en una transición hacia un régimen parlamentario o luego republicano. Concibe y promueve la división de poderes, elecciones y libertad de prensa, pero está empeñado repetidamente en cuestiones de unidad nacional y orden. Por otra parte, este primer liberalismo no puede concebirse sin referencia a la poderosa reacción que despierta, misma que lo acusa de fracturar el poder, carcomer toda posibilidad de autoridad política y moral, fomentar un estado de virtual guerra civil, y de someter a la Iglesia a una terrible servidumbre por el Estado, privándola de la toma de sus propias decisiones.⁶

En tales circunstancias, las posturas políticas de los clérigos a veces son contundentes en un sentido liberal, pero a menudo reflejan un mundo en tránsito en que, incluso las fuentes del derecho, suelen confundirse entre recursos antiguos y otros modernos. El llamado al republicanismismo puede conllevar pretensiones casi místicas de unión y supresión de partidos y opiniones que arriesguen la fortaleza nacional.

⁵ Gabriel Torres Puga, “Las dos supresiones de la Inquisición, 1813 y 1820”, 2010, en Brian Connaughton (coord.), *Religión, política e identidad en la Independencia de México*, UAM/BUAP, pp. 133-59; Brian Connaughton, “Los lindes teóricos de una inquietud de época: Cádiz y las lecturas paradigmáticas de la década independentista”, en Gustavo Leyva, Brian Connaughton, Rodrigo Díaz, Néstor García Canclini y Carlos Illades (eds.), *Independencia y revolución: pasado, presente y futuro*, 2010, México, FCE/UAM, pp. 108-142.

⁶ Brian Connaughton, *Ideología y sociedad en Guadalajara (1788-1853): La Iglesia Católica y la disputa por definir la nación mexicana*, 2012, México, CONACULTA (Colección Historia).

No obstante, precisamente durante dos décadas y media, a partir de 1810, los clérigos pueden jugar un papel excepcional como protagonistas, no únicos pero sí notables, en conducir —o repeler— el acomodo entre las nuevas instituciones políticas representativas y electorales, y la institucionalidad y prácticas de la fe heredada. A partir de mediados de los años treinta, como el profesor Sordo ha argumentado, hay un descenso, si bien no desaparición, de los clérigos en los congresos nacionales. Aún falta estudiar su presencia sistemáticamente en los congresos y la prensa locales. Es probable, aunque no seguro, que aquí también su presencia mermase. Porque en medio de los muchos problemas del México independiente, la riqueza, autonomía y, finalmente, participación política e incluso educativa del clero iban a cuestionarse cada vez más, poniéndolo crecientemente a la defensiva como grupo social.

Pero veamos algunos documentos del caso de los años veinte, década en que México ya gozaba su independencia, la alianza entre la patria y el altar aún era fuerte, y la folletería y el periodismo estaban repletos de temas políticos y religiosos. Damos por sentado que todos conocemos el activismo político de personalidades de gran relieve como José María Luis Mora. ¿Qué pasaba con otras personalidades eclesiásticas?

En Puebla, la elaboración de la constitución estatal durante el año de 1825 hizo saltar al escenario al cura de Tlacotepec, José María Oller, mismo que ya en 1820 había formado parte de la nueva diputación provincial. Oller compartía evidentemente muchas de las opiniones sobre la modernización del Estado y la Iglesia que se habían ventilado en Cádiz, primero, y luego en las Cortes de Madrid (1820-1823). Citaba antecedentes gaditanos y el *Informe sobre la ley agraria* de Gaspar Melchor de Jovellanos. Su exposición de ideas despertaría una fuerte respuesta en la prensa.⁷ Su contrincante, a todas luces otro eclesiástico, arremetió contra él. Oller se había expresado en el sentido de que el derecho de la Iglesia a bienes territoriales dependía de las leyes

⁷ El Gusano Azotador, *Zurribanda política o azotes legales al doctor Oller*, 1825, México, Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés.

civiles, además de ser nocivo para la economía.⁸ Se le repuso que los argumentos del congreso poblano debían elaborarse de modo que “ni huelan á periódicos, ni á diarios de córtés españolas, porque no tengan los Americanos que buscar en tan corrompidas fuentes la interpretación de sus leyes, cuando el huir de las de aquellas fue el mayor y casi el único impulso que apresuró nuestra independencia”. El liberalismo no había dejado bienes territoriales ni a parroquias, conventos ni clérigos particulares, según el polemista. Al decir del crítico de Oller, éste era un seguidor del sínodo reformador de Pistoya, condenado por la bula *Auctorem Fidei*. Denunciaba este folletista que se hacía llamar El Gusano Azotador, que Oller había publicado su opinión en favor de que los clérigos tuvieran que recibir el visto bueno del gobierno para asumir cualquier cargo. El polemista había detectado que el congresista Oller se había expresado en el sentido de que “la iglesia universal *no es soberana*, y aunque no añadió V. que tampoco es *independiente*, harto se entiende que lo afirma, ya porque la proposición que V. niega en un sentido absoluto lo espresaba, y ya porque son cosas correlativas ó sinónimas”. Oller se había propuesto de este modo “hermanar la falsa política con la religión, regulando á ésta por aquella”. Espetaba el polemista: “¿si la iglesia no es *independiente*, de quién depende? Claro está que no puede depender de otro que la autoridad civil: y ¿se atreverá V. á someter á esta la iglesia?” Detectaba el escritor a un hereje y se permitía expresar que no se debía “esperar que un eclesiástico abogara contra la iglesia, y sin embargo lo vemos”. Terminaba su escrito insinuando que Oller era seguidor de Justino Febronio y los jansenistas, quienes habitualmente se identificaban como los autores que inspiraban a los reformadores de Cádiz en sus propuestas de reforma eclesiástica y eran citados asimismo por el padre Mier y por varios de los sacerdotes de la insurgencia independentista.⁹

⁸ Aunque El Gusano Azotador sólo destacaba el primer punto. Para un mayor abordaje del pensamiento de Oller, véase Brian Connaughton, *Dimensiones de la identidad patriótica. Religión, política y regiones en México. Siglo XIX*, 2001, México, UAM/Miguel Ángel Porrúa, pp. 99-122.

⁹ El Gusano Azotador, *Zurribanda política*, pp. 7, 12-13, 17-18, 22-24, 30 y 35. Cursivas en el original.

Sin que yo quiera validar todas las afirmaciones de El Gusano Azotador, sí hay mucha evidencia para sugerir que una vertiente del protagonismo liberal de clérigos en el México de los 1820 proviene de su identificación con el reformismo político-eclesiástico que alcanzó un significativo auge en Cádiz. Deseaban que la nueva república mexicana lo adoptara.

Es interesante que incluso eclesiásticos, cuyo perfil liberal pudo ser más matizado que el de José María Oller en 1825, compartieran su visión de la supremacía del poder civil sobre el eclesiástico. Esta idea era anterior, desde luego, al liberalismo, pero el nuevo liberalismo lo asumió con gran presteza, como lo evidenció el caso de Oller en Puebla, pues no se concebía que las reformas requeridas pudieran provenir de otra autoridad que el poder civil. Muchos eclesiásticos, por supuesto, eran abogados y resulta muy interesante al respecto el caso de José María Guridi y Alcocer, evidenciando que el protagonismo del clérigo liberal podía proyectarse a ámbitos no estrictamente políticos.¹⁰

Guridi había tomado la defensa de un regidor, José Ignacio Paz, que había intervenido en el caso del fraile Joaquín Arenas, llevando a cabo un registro de las casas de los supuestos involucrados, sin obtener la autorización expresa previamente para haberlo realizado. Guridi argumentó que se trataba de un caso de lesa magestad, y que “los mismos eclesiásticos no han dudado que los miembros de su estado se hallan fuera de su gremio en estos casos”.¹¹ Según Guridi, la constitución amparaba a los que la respetaban, pero no se extendía a los que atentaban contra el sistema, pues no debía hallar:

el menor abrigo la conspiración contra nuestra independencia, ni que se respeten para su investigación las casas y papeles donde hay indicios de que sus planes están escondidos, y que no cesen los establecimientos ordinarios, y sus consideraciones comunes y generales para inquirirse la maldad

¹⁰ José María Guridi y Alcocer [sic], *Ley, justicia y verdad, resplandecen en la suprema corte de justicia de México, por la inocencia del regidor Paz. Informe en defensa del regidor del escmo. ayuntamiento constitucional de la capital de México Don José Ignacio Paz, que el lic. D. ..., Secretario del mismo cuerpo, hizo en los supremos estrados de la alta corte de Justicia*, 1828, México, Imprenta del C. Alejandro Valdés.

¹¹ *Ibid.*, p. 34.

BRIAN CONNAUGHTON

de la traición, y poner mano en esas casas y papeles, y aun en las personas de los agresores, que con mayor fuerza, y razón deben estar fuera de las leyes.¹²

Guridi citaba antecedentes legales antiguos y modernos, en Cádiz y en el constituyente de 1822 bajo el Imperio de Iturbide, pero también una ley del congreso nacional de 1826, para sugerir que el caso de delitos atroces y atentatorios al sistema estaba fuera de las garantías habituales de la ley. Incluso citó una y otra vez el artículo 152 de la Constitución de 1824 para mostrar que explícitamente abría la posibilidad de excepciones a su protección, mismas que debían interpretarse por los precedentes legales en ausencia de nuevas reglamentaciones. Pero Guridi no encontraban ninguna dificultad en incorporar referencias de otra índole, pues hallaba que México era una “república perfecta”, según la definición de Santo Tomás, y gozaba de pleno poder para defenderse en todo momento en contra de intentos de disolución.

Planteaba la defensa del regidor Paz:

[...] a esa hora solo sabía que la Patria, que la salud del pueblo, que la libertad del hombre, idéntica con la de la nación mexicana, se veían amenazadas y expuestas a perderse a los impulsos de una traidora convulsión, y de unos planes descabellados que el mismo gobierno le aseguraba, y veía que esa salud y libertad era la suprema ley a cuya presencia todas callan.¹³

Guridi en su argumentación expresó preocupación por la confusión legal persistente en la nueva república, y por la tendencia manifiesta ya en los congresos de una ríspida confrontación. En su texto, deja ver que su liberalismo está atemperado por una visión jurídica que incorpora lo antiguo a lo moderno, y matiza su visión del peso de las libertades liberales con base en la sustentabilidad del Estado republicano. Mucho de lo que plantea, podría aplicarse al Imperio español del siglo XVIII, y su clara defensa de que los eclesiásticos pierden su fuero cuando acusados de crímenes atroces, remonta no sólo a las prácti-

¹² *Ibid.*, p. 41.

¹³ *Ibid.*, p. 71.

cas borbónicas que cita, sino al Nuevo Código de 1792 (Real Cédula de 25 marzo, 1792) y su aplicación parcial en la Nueva España en este preciso punto. Guridi asume un protagonismo liberal jurídico de tipo moderado, y quizá podríamos llamarlo ecléctico.¹⁴

Ese mismo año el cura de Xalacingo, Veracruz, a su vez miembro de la legislatura veracruzana, reflejaría este mismo liberalismo moderado de Guridi en un discurso en su parroquia. José María Sastre manifestaba clara preocupación por las crecientes confrontaciones políticas y, aunque hablaba de “verdaderos republicanos”, no los asociaba tanto con libertades, como con deberes y virtudes. Las divisiones entre los mexicanos se debían a “opiniones diseminadas por nuestros enemigos”. La unidad debía prevalecer y no “la diversidad de partidos que por un espíritu de novedad ha cundido entre hijos de una tierna madre que debieran amarse recíprocamente”. Todos los mexicanos debían comprometerse a “sostener los derechos de la patria”, pues “estamos ya en posesión de nuestra idolatrada libertad”. Había que “conservarla”, sacrificando los intereses individuales:

Todos los mexicanos debemos ser de un solo labio y de unos mismos sentimientos; es decir, que si en todos tiempos deben unir a los cristianos los vínculos de la caridad, y como los exhorta el apóstol, conservar solícitos la unidad del espíritu en los amables lazos de una paz mutua; ahora todos debemos saber unas mismas lecciones, tener una misma voluntad, guiarnos de unos mismos principios, y estar informados con unos mismos sentimientos, supuesto que son unos nuestros derechos y unas mismas las sagradas obligaciones que nos ligán respecto de los intereses de la patria, hasta sacrificar nuestra vida si fuere necesario en obsequio de su libertad, por ser tan dulce como meritorio y glorioso, morir en defensa de la patria.

Ahora debe estar desterrado de entre nosotros el espíritu de división y de partido, de obstinación y de contienda, no debe influir en nuestras

¹⁴ Sobre la aplicación del Nuevo Código en la Nueva España, véanse Nancy M. Farriss, *La corona y el clero en el México colonial 1579-1821. La crisis del privilegio eclesiástico*, 1995, México, traducción de Margarita Bojalil, FCE; y Brian Connaughton, “El piso se mueve: religión, clero y feligreses en una nueva época política”, en Brian Connaughton (coord.), *1750-1850: La Independencia de México*, pp. 67-117.

acciones el amor propio que a las veces es su móvil, y siempre opuesto a la virtud que forma el carácter del sistema republicano, de que debemos blasonar, ni deben preferirse los intereses personales de cada uno, sino más bien lo que pertenece a la sociedad.¹⁵

Pero si los sacerdotes Guridi y Sastre deseaban evitar la polarización de opiniones en la república y velar por la unidad, e incluso cierta ancla en valores claramente emanados del pasado, poniendo la seguridad del Estado por encima de derechos individuales, era perfectamente posible dar otro giro a las cosas. Oller había expresado una liga mucho más fuerte con el reformismo más radical de Cádiz, metiéndose con el tema de reforma del régimen de tierras eclesiásticas y del sometimiento de la Iglesia a las leyes civiles. Guridi postulaba este último concepto, pero lo confinaba a casos de crímenes atroces. El fraile agustino Ignacio Fernández, de la Ciudad de México, llevaría la cuestión al tema de los derechos de la república mexicana y de sus estados constitutivos a ejercer el patronato sobre la Iglesia.¹⁶

Fernández se refería a “la benemérita y muy digna República Mexicana” para asentar que era de “rigorosa justicia el que los Estados sean los patronos de las iglesias de sus distritos”. Aún más:

no es necesaria la licencia pontificia [...] La nación soberana no necesita del beneplácito de otro soberano para dirigir sus operaciones en orden a beneficio de las mismas iglesias, y obrando en conformidad con lo dictaminado en el concilio de Trento.

Pónganse los patronos, y éstos al instante nombrarán sus canónigos en las iglesias, llenarán sus huecos vacíos, y acaso crearán otros nuevos que no estarán de más. Los cabildos constituidos pondrán sus edictos, convo-

¹⁵ José María Sastre, *Oracion pronunciada en la parroquia de Xalapa el diez y seis de setiembre de 1827 por el señor cura de Xalacingo D. ..., diputado de la legislatura del estado de Veracruz, en celebridad del aniversario del glorioso grito de independencia en Dolores*, 1827, México, imprenta del Correo, á cargo del C. José María Alva, pp. 4-5 y 7.

¹⁶ Ignacio Fernández, *Breves apuntes, ó bien sean reflexiones, que con motivo de la gran cuestión que se ventila en el día, sobre si le pertenece ó no, el patronato de las iglesias de la Republica Federal de los Estados Mexicanos, las escribía, sosteniendo la parte afirmativa, y las dedicaba al honorable Congreso de México por medio del Excmo. Sr. Gobernador del Estado, el Dr. Fr...*, 1827, México, Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés.

carán sus concursos, harán sus ternas, y los patronos señalarán los curas, pondrán eclesiásticos beneméritos, así en su ciencia y costumbres, como adictos a la independencia de la nación; circunstancia que deberán observar para el nombramiento, sea el que fuere, de los eclesiásticos.

Los patronos junto con los gobernantes eclesiásticos pondrán curatos nuevos adonde sean necesarios, por las distancias de las cabeceras, por lo frágil de los caminos, o por otras circunstancias que así lo exijan: dotarán asimismo los ministros cuando no sea suficiente la congrua para su honrosa mantención.¹⁷

Le preocupaba al fraile Fernández la “nociva irresolución”, al grado de que el enviado mexicano a Roma, Francisco Pablo Vázquez, ni siquiera había recibido sus instrucciones de lo que debía negociar allá. Declaraba el fraile que no había problema de derecho para el ejercicio del patronato, pero aún si lo hubiera, lo que no fuera lícito por la ley, lo era por la necesidad. “La unión de ambas autoridades, la armonía que debe reinar entre ellas, la concordia que debe observarse entre el trono y el altar, la edificación del pueblo que observa esta armonía y unión, ¿no merece algún ligero sacrificio? ¿No es cierto, o por mejor decir evidente, que *concordia etiam res parve crescunt, discordia etiam maxima dilabuntur?*” (Salustio, *La Guerra de Yugurta*, “Mediante la concordia las cosas pequeñas crecen; mediante la desunión, las cosas más grandes se derrumban”).¹⁸ Si México no deseaba que el Papa eligiera a obispos extranjeros para la república mexicana, ésta debía simplemente presentarle los candidatos episcopales para su confirmación y la emisión de las bulas respectivas. Quedaban sólo dos obispos en la república y urgía restablecer la Iglesia en el México independiente. Sentenciaba:

Todas las cosas del gobierno se mejoran todos los días, todo camina a su perfección, sólo las iglesias desde nuestra gloriosa independencia y emancipación se hallan en peor estado que antes por la inacción, no han adelantado nada ni ofrecen esperanzas de adelanto alguno.¹⁹

¹⁷ Fernández *op. cit.*, pp. 3-5 y 7.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 7-9.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 10-14, cita en pp. 13-4.

Fernández había estrechado los lazos entre progreso de la nación y progreso de la Iglesia, subordinando ésta más claramente al Estado que Oller o Guridi y Alcocer.

Al año siguiente de 1828, Manuel de la Torre Lloreda, cura de Pátzcuaro, ofrecería un sermón con importantes ribetes de liberalismo. Denunció los nexos entre una educación colonial estrecha y opresiva, y la falta de un gobierno adecuado en la época del gobierno español, pero pisaría un terreno en común con Guridi y Sastre en cuanto al énfasis de la unión en desmedro del ejercicio recio de los derechos liberales.²⁰

Sobre la educación colonial, expresaba su mejor desprecio, a tono con el reformismo liberal de Cádiz, y luego los años veinte que introdujeron a México las escuelas lancasterianas de origen inglés:

Aquellos tiempos verdaderamente de obscuridad y de tinieblas, cuando la educación no tenía por objeto, sino la humillación y abatimiento; cuando se entretenía á los ingenios en cuestiones o inútiles o abstractas; reduciéndolas a un círculo pequeño de ideas; cuando se cuidaba imprimirles desde temprano como dogmas las macsimas del servilismo; cuando se carecía de comunicación y de libros; y cuando el formidable tribunal [de la Inquisición] esclavizaba hasta las almas, queriendo aprisionar los pensamientos. ¡Ah!, en estos tiempos tenebrosos ¡qué grandreza (*sic*) de alma no se necesitaba para conocer la verdad en orden al gobierno! Entonces era necesario que el hombre dominara su siglo, que fuese superior a sus preocupaciones, que estudiara en sí mismo; en suma, que con igual trabajo al de los primeros autores, que han escrito de la ciencia política, meditara, combinara y dedujera consecuencias, subiendo de una en otra hasta descubrir los principios.²¹

Pero la solución que veía de la Torre Lloreda sonaba más tradicional, o más bien reflejaba un tradicionalismo revivido mediante un patriotismo independentista cristiano. No ofrecía un planteamiento de ruptura a nivel ético. Si bien apelaba a un elenco de insurgentes e independentistas, desde el cura Hidalgo hasta Miguel Ramos Arizpe,

²⁰ Manuel De La Torre Lloreda, *Discurso que en el solemne aniversario de los patriotas difuntos celebrado en la Santa iglesia catedral de Morelia el día 17 de Septiembre de ... dijo ... cura de Pascuaro*, Morelia, Imprenta del Estado, 1828.

²¹ *Ibid.*, p. 4.

sugería que seguir su ejemplo de entrega personal era el mejor antídoto para abatir el “aspirantismo” y acabar con el “hipócrita egoísmo”, poniendo en su lugar “nobles virtudes” y un verdadero “amor patrio”:

¡Qué distinta sería la faz de la República, si ecstieran estos ejemplares patriotas! ¿Cuándo en su mismo seno pelearían los hermanos, y las facciones y partidos despedazarían sus entrañas, teniendo a la vista unos hombres, que han trabajado por amalgamar todas las clases, arrancando la raíz de la desavenencia y desunion?²²

La libertad que los mexicanos gozaban, era “a costa de sus penas”, motivo suficiente para aconsejar su ejemplo de pretendida unidad nacional en la república.²³

Conclusiones

Es claro que un número importante de clérigos siguieron animados en los años veinte del siglo XIX por un espíritu de innovar en la tradición eclesiástica y religiosa del país y de manejar los escollos que se ofrecían para acomodar religión y política en la nueva república federal a partir de 1824. Eran líderes naturales por su prominente papel en una república que era católica declaradamente y en la cual los clérigos aún estaban encargados de la educación, los registros vitales, la prédica moral y –en combinación con las autoridades civiles– de la celebración de los momentos singulares de la vida pública. Pero su tránsito no era uniforme, los problemas de que se ocupaban eran múltiples, y como detectó Reynaldo Sordo al abordar a los representantes yorkinos en los congresos federales, se topaban con formidables rivales dentro y fuera del sacerdocio. La consolidación del episcopado mexicano en los años treinta, así como la preocupación creciente de la elite política por el orden en medio de un persistente clima de guerra civil, quizá debilitó las voces de estos clérigos, portavoces de un nuevo acomodo político-religioso. Ante los llamados para desamortizar los bienes del clero, sanar

²² De La Torre Lloreda, *Discurso*, pp. 6-11, especialmente pp. 10-1.

²³ De La Torre Lloreda, *Discurso*, p. 14.

BRIAN CONNAUGHTON

las finanzas nacionales y echar a andar un desarrollo económico pretendidamente más acelerado, muchos clérigos se movieron hacia posturas más conservadoras, hacia el centralismo e incluso el monarquismo. Otros se volvieron subalternos en el movimiento liberal, como congresistas fogosos y últimamente adeptos de la Constitución de 1857, como José de Jesús Huerta o el cura periodista Francisco de P. Campa.²⁴

Pero había cuando menos otro camino relevante: convertirse en abogado del diálogo entre los mexicanos de una estirpe política y otra. El sacerdote poblano Luis Gutiérrez del Corral trató de conducir a sus lectores por esta senda en enero de 1845, cuando apenas había caído el gobierno dictatorial de Antonio López de Santa Anna el mes anterior:

Los partidos que nos dividían han reunido sus esfuerzos para sostener la voluntad nacional, y los ambiciosos han visto un terrible escarmiento que debe trastornar sus proyectos y sofocar sus pretensiones. La Divina Providencia, permitiendo los errores del poder destituido, nos ha proporcionado estas ventajas. [...]

Mexicanos, la religión y la patria os exigen por lo que á una y otra debeis, que es todo vuestro ser en lo presente y toda vuestra esperanza en lo futuro, que deponiendo antiguas prevenciones, y reduciéndose cada uno al círculo de sus propios deberes, os respeteis y ameis mutuamente como cristianos y como compatriotas. Si teneis diversas opiniones en los asuntos de común interés, las francas explicaciones y no las injurias, las razones y no las armas, sean las que decidan vuestras disputas. Si advertis abusos en los que gobiernan, tened presente que no debe arrancarse el árbol porque tarda en madurarse el fruto, y que vale más sufrir un mal pequeño en la aplicación de los principios, que causar, desquiciándolos, la mayor de todas las desgracias.²⁵

²⁴ Sobre la tendencia al moderantismo, véase Moisés Guzmán Pérez, *Las relaciones clero-gobierno en Michoacán durante la administración episcopal de Juan Cayetano Gómez de Portugal, 1831-1850*, México, UNAM, 1998; para clérigos que sostuvieron una alianza profunda con los liberales, véase Connaughton, *Dimensiones*, pp. 191-122; y del poder creciente de los obispos y su presión sobre la actuación política de los sacerdotes, véase Brian Connaughton, "Los curas y la feligresía ciudadana en México, Siglo XIX", en Jaime E. Rodríguez O. (coord.), *Las nuevas naciones: España y México, 1808-1850*, 2008, Madrid, Fundación Mapfrepp, 241-272.

²⁵ Luis Gutiérrez Del Corral, *Sermon, que en la solemne accion de gracias dispuesta por la Exma. Asambléa departamental, gobierno superior y Exmo. Ayuntamiento de la capital de Puebla con motivo de los sucesos de los primeros dias del año, predicó el Señor Cura D.*

Aquí, Gutiérrez del Corral protagonizaba una mudanza medular hacia la constitución de la nación política, mediante la concertación de una opinión pública rectora. Sus palabras ya admiten la pluralidad y las diferencias en medio de la búsqueda de unidad. Quizá aquí había lugar aún para el protagonismo de voces clericales. La creencia del cura José María Sastre, en 1827, en una sola voz, “un solo labio”, de todos los mexicanos, quedaba atrás.

¡Muchas gracias!

... *miembro de la espresada Asamblea el día 21 de Enero de 1845*, 1845, Puebla, Imprenta antigua en el portal de flores, p. 13.